

CAPÍTULO I

*Nacimiento, infancia
y estudios*

Baltasar Melchor Gaspar María de Jovellanos nace en Gijón el 5 de enero de 1744, en el seno de una de las familias más ilustres de la villa asturiana. Era el décimo hijo del matrimonio formado por don Francisco Gregorio de Jovellanos, Alférez Mayor y Regidor perpetuo de la villa y hombre «de un corazón tierno y generoso», y doña Francisca Apolinaria Jove Ramírez, «señora de grande hermosura, virtud y dulzura de carácter». De los doce hijos que tuvo el matrimonio Jovellanos, solamente ocho llegaron a la edad adulta: Benita (1733-1801), Juana Jacinta (1734-1772), Catalina (1738-1808), Alonso (1741-1765), Francisco de Paula (1743-1798), Josefa (1745-1807), Gregorio (1746-1780) y el propio Gaspar, muerto en 1811.

Mientras las cuatro hermanas de Gaspar fueron destinadas a contraer matrimonio, el futuro de los varones se dividía entre la Marina y la Iglesia. Pero los planes familiares habían cambiado en realidad al fallecer muy joven el heredero del mayorazgo, Miguel, nacido en 1740. Con su muerte, los derechos de herencia recayeron en Alonso que, destinado desde niño a la carrera eclesiástica, decidió seguir la militar al convertirse en heredero, ingresando en 1760, junto con su hermano Francisco de Paula, en la Escuela de Guardiamarinas de Cádiz, a la que los seguiría poco tiempo después Gregorio. Mientras tanto, Gaspar, acaso en virtud de lo sucedido tras la muerte de Miguel, pero también según nos cuenta Ceán Bermúdez, uno de sus biógrafos, «por su docilidad y buena índole», fue destinado a la Iglesia.

La infancia de Gaspar transcurre en Gijón y en compañía de su familia. Allí estudia las primeras letras y la Gramática latina. En 1757, con trece años, se traslada a

Oviedo a estudiar Filosofía. El obispo Manrique de Lara le confiere entonces la primera tonsura, indispensable para obtener el beneficio simple diaconil de San Bartolomé de Nava para el que le había presentado su tía Isabel Jove Ramírez, que era la abadesa del monasterio benedictino de San Pelayo de la capital asturiana. Empieza así el joven estudiante a disfrutar de una renta eclesiástica que, aunque ciertamente no era muy elevada, le permitía disponer de algún dinero. Demuestra además Gaspar, según nos cuenta el citado Ceán, «un talento despejado y una singular penetración para comprender el oscuro e intrincado método de la escuela escotista», una de las varias tendencias filosóficas que se explicaba entonces, y que en Oviedo impartían los franciscanos en su colegio.

De Oviedo pasa Gaspar a Ávila, ciudad a la que llega en 1759. El recién nombrado obispo de la ciudad, el asturiano Romualdo Velarde Cienfuegos, había creado en su palacio abulense una especie de seminario privado al que asisten, entre otros, varios estudiantes asturianos: Ramón de Posada y Soto, José, Juan y Romualdo Mon Velarde, los cuatro hermanos Arias, y el propio Gaspar. Este seminario era, más exactamente, una *familia*, es decir, un grupo de servidores de todo tipo, desde criados a ayudantes, amanuenses, etc., a los que el obispo daba, además, una enseñanza de carácter universitario. Carlos González de Posada, biógrafo también de Jovellanos, asegura que el obispo «contrapariente del Sr. Jovellanos, le sacó de Asturias para su familiar». Según Posada, los componentes de la *familia* del prelado «llegaron a los más altos empleos, ministerios y dignidades de la monarquía». Es probable que aquí Gaspar, aparte de estudiar Derecho Canónico, se aplicara a la lectura de los clásicos latinos, Horacio, Virgilio, Cicerón, Salus-

tio, Plinio, etc., algunos de los cuales podía recitar muchos años después de memoria y cuya lectura le acompañó y consoló en los momentos más difíciles de su vida.

En junio de 1761 recibe el grado de bachiller en Cánones por la Universidad de Osma, que era más conocida por su descrédito y por la facilidad con la que concedía títulos que por cualquier otra circunstancia. El mismo Gaspar se burlará de ella años después con duras palabras:

*Haz lo que otros: escribe tu deseo
a algún sopista de Osma, y tendrás una
panza de oveja a vuelta de correo;
pues hay mil alquilones de la tuna
que, prestando su ciencia a cualquier nombre,
saben bachillerear aun en la cuna.*

Pero, con el grado de bachiller, Gaspar tenía acceso a dos nuevos beneficios simples, que el obispo de Ávila le concedió en 1761 y en 1763: el de Navalperal del Campo y el de Horcajada, ambos en la diócesis abulense. En este último año, 1763, Gaspar incorpora su grado de bachiller en Cánones a la Universidad de Ávila, que gozaba de mucho más prestigio que la de Osma, y acto seguido se licencia. Todo esto lo acercaba a su verdadero propósito: ingresar en el Colegio Mayor de San Ildefonso de Alcalá de Henares.

Oposita entonces a una beca en dicho Colegio. Realiza los ejercicios *nemine discrepante*, se realizan las pruebas de limpieza de sangre, y se le concede la beca «jurista de voto de Puertos allende», después de pasar los tres puntos necesarios para la elección. Superados sin problemas todos los obstáculos, Gaspar Melchor de Jovellanos es, en mayo

de 1764, colegial de San Ildefonso. Entra entonces a formar parte de un grupo social muy importante, un mundo elitista e influyente.

Cuenta Ceán que permaneció en el Colegio el primer año y que también aquí estudió con aplicación, «manifestó su talento y llenó de esperanzas ventajosas a sus concole-gas». En el mes de diciembre se gradúa como bachiller en Cánones y en mayo de 1765 viaja a Asturias después de ocho años de ausencia de su casa. A mediados de 1766 está de nuevo en Alcalá, donde permanece hasta octubre de 1767. A partir de este año su vida cambiará, como veremos, de manera importante.

Dice Ceán que a Jovellanos «le eran más hermosas que a sus compañeros las flores de la juventud» y que a éstas se sumaba una «bella figura corporal». Todo ello hacía de Jovellanos un joven estudiante de veintitrés años atractivo y que sabía aprovechar los buenos ratos y divertirse: «Una voz sonora, clara y entonada –cuenta Ceán– le llamaba a imitar las arias y seguidillas de María Lavenán, acompañándose con una guitarra, y ya entonces formaba una colección de seguidillas discretas, que 30 años después se aumentó considerablemente hasta imprimirse en muchos volúmenes». En estos años, Jovellanos pasa también temporadas en Madrid, en donde fue cortejo de una marquesa, si hemos de fiarnos de lo que nos dice González de Posada: «El duque de Losada, valido de Carlos III, siguiendo un sistema muy opuesto al del valido de Carlos IV, era no sólo frío, sino indiferente para acomodar paisanos, y no tomaba cartas ni aun por sus parientes. Sufrió el Sr. Jovellanos algunos desdenes en sus primeros puntos de pretensión; mas veamos cómo se debió su colocación en gran parte más a

sus gracias personales que al pariente con quien en cierto modo llegó a rivalizar. Un concolea suyo le introdujo con la marquesita de N..., que no tardó mucho en darle un lugar preferente en su estimación. Le eligió para su pareja en las máscaras de aquel carnaval y le llevaba en su coche a los paseos públicos, no sin envidia de sus muchos adoradores. Entre ellos se contaba el duque de Losada, quien viéndolos así una tarde en El Prado, no se descuidó de indicarle sus celos, requiriéndola quién era aquel hopalandas que la acompañaba. “Nada menos que un sobrino de usted, dijo la marquesa, a quien yo estimo más que por esta calidad por las otras muchas que le acompañan y le hacen muy digno de que usted le proteja”. “Pues bien, contesto el duque, que se vea conmigo, y sepa yo lo que quiere». Así consiguió Jovellanos que el duque de Losada se fijara en él, al tiempo que se divertía con la «marquesita».

Decidió entonces pedirle a su pariente cartas de recomendación para opositar a una canonjía, pero el consejo de su amigo José Mon le hizo cambiar de opinión. Así lo cuenta Posada, que narra la conversación entre ambos: «No hagas tal, Gaspar; no pidas nada eclesiástico al duque, porque su secretario Quevedo todo lo quiere para sí, y entendiendo que sigues ese camino, lejos de ayudarte te pondrá estorbos. No seas tonto, pide una toga». Pero Ceán Bermúdez cuenta que, decidido Jovellanos a opositar a la canonjía doctoral de Tuy –Posada habla de la de Mondoñedo– se detuvo en Madrid para pedir cartas de recomendación, pero que sus primos los marqueses de Casa-Tremañes, y especialmente su preceptor don Juan Arias de Saavedra procuraron quitarle la idea de la cabeza y trataron de que se iniciara en la carrera de la toga. Entonces Jovellanos interrumpe su viaje a Galicia y pone la mira desde aquel mo-

mento en una de las plazas de alcalde del Crimen que había vacantes.